

MISAK MISAK DEL SIGLO XXI, ¿HIJOS DEL AGUA O CASCARONES DE INDIOS?

(Charla en el Museo Arqueológico del Banco Popular, MUSA, el 16 de mayo de 2017)

I

Alrededor de 1985, diversos antropólogos afirmaban que los guambianos ya habían perdido esa palabra de los mayores que, erróneamente, llaman mitos; sostenían que habían desaparecido, que nada de eso se recordaba. Inclusive, los antropólogos de la Universidad del Cauca, que estaban vecinos, vivían desesperados averiguando con los guambianos para recuperar esa llamada “tradición oral” y nadie les respondía nada: no, de eso no sabemos, ya no nos acordamos.

Sin embargo, el Comité de Historia del Cabildo comenzó a trabajar en la “recuperación de la historia” y, en unos dos años ya había grabado en lengua *wam* (ahora le dicen *nam trik*, no entiendo porqué, porque *wam* es el idioma y *nam trik* es la lengua, el habla cotidiana, que no es lo mismo) alrededor de 85 casetes con esas historias que los antropólogos habían declarado desaparecidas. ¿Qué ocurrió? Que cuando los mayores se dieron cuenta que ese trabajo y la palabra de ellos era para el bien de la comunidad y para seguir adelante con las luchas de recuperación de la tierra, volvieron a hablar para ellos mismos y su comunidad; lo que no querían era hablar para antropólogos.

Alrededor de 1950, en el Instituto Etnológico del Cauca, su director, Gregorio Hernández de Alba, se apoderó del trabajo de un guambiano informante de ese Instituto. Y lo publicó como si fuera suyo, dejando al guambiano solamente como ilustrador. Así lo muestro en un artículo (<http://luguiva.net/articulos/detalle.aspx?id=104>) que escribí con base en los archivos del Instituto del Cauca, publicados en forma reciente por el ICANH.

Con antecedentes como este, no es raro que los mayores guambianos no quisieran hablar a los antropólogos. Pero, cuando se trató de hablar a otros guambianos, a gente de su misma sociedad y para el bien de esta, volvieron a narrar sus historias. Yo alcancé a conocer 85 casetes, pero ellos dicen que recogieron cerca de 100, y algunos se perdieron por el camino. Eran

muchos relatos de aquellos a los cuales los antropólogos habían hecho certificado de defunción. Pero estaban vivos.

Fue tal la cantidad de relatos que obtuvieron los guambianos del Comité, que en un momento no supieron cómo seguir, qué hacer con ellos. Entonces, nos pidieron colaboración a un grupo de personas, (que nos denominábamos solidarios y respaldábamos, desde comienzos de los años 70, las luchas indígenas del Cauca), para el proceso de recuperación de la historia y, probablemente porque yo era antropólogo, resulté colaborando con ellos, en compañía de otros dos solidarios.

Presentamos un proyecto de investigación conjunta a Colciencias, que aprobó su financiación, pero en la Universidad Nacional no aprobaban el permiso para irme a campo, supuestamente porque los reglamentos no contemplaban el caso de que un profesor se fuera por tanto tiempo. Fueron dos años y medio de pelea y me tocó presionar al vicerrector de investigaciones y decirle que si no me aprobaban hacía público que la Universidad se negaba a apoyar un proyecto aprobado y financiado por Colciencias y solicitado por la propia comunidad. Así pude irme a Guambía desde mediados de 1987 hasta mediados de 1988.

Al final de todo el trabajo, en 1998, publicamos un libro cuya base es la idea de que los guambianos son hijos del agua y del arorís. Se preguntarán por qué un libro. Cuando comenzamos el trabajo no pensábamos escribir, ese era el acuerdo que teníamos. Íbamos a utilizar la metodología de los “mapas parlantes” que desarrollara con los paeces de Jambaló el solidario Víctor Daniel Bonilla (muchos creen que es antropólogo, pero no; es filósofo de la Nacional y abogado del Externado). A los paeces los llaman hoy Nasa, pero nasa quiere decir vida, es decir, que los animales, las plantas, los fenómenos naturales, etc. son nasa. Son, pues, los indios vida. Con los mapas parlantes comenzamos a trabajar, recogiendo y sistematizando todo mediante dibujos durante seis meses (Ver “Lucha indígena en el Cauca y mapas parlantes”, <http://luguiva.net/cartillas/subIndice.aspx?id=10>).

En mitad de la investigación, el Cabildo resolvió que no podíamos seguir trabajando con los mapas, que las necesidades de la lucha señalaban la necesidad de escribir. Y nos dijo qué teníamos que escribir en primer lugar: una cartilla que demostrara que los guambianos eran de ahí y no venidos del Perú, como decían los historiadores y los antropólogos de Popayán. Ese tema era muy importante porque el fundamento del derecho de los

guambianos a la tierra era que esas tierras eran suyas porque ellos eran de ahí, nacidos de allí, de esas aguas, de esas montañas, de esas lagunas. Decir que eran traídos del Perú, desvirtuaba completamente el fundamento de la lucha.

Por supuesto, cuando publicamos la cartilla, afirmamos que los historiadores y antropólogos de la Universidad del Cauca trabajaban en beneficio de los terratenientes; y se enojaron mucho y pusieron varios problemas. En mi página, junto con la cartilla, aparecen también dos cartas: una que enviaron varios de esos profesores al Consejo Superior de la Nacional pidiendo que me destituyeran, y otra, que es mi respuesta.

Elaboramos otros escritos, porque, al suspender los “mapas parlantes”, nos dedicamos a escribir por orden del Cabildo. Los solidarios habíamos apoyado durante 10 años la lucha porque se reconocieran los Cabildos y su autoridad, y yo no iba a salir en ese momento a decir que la autoridad del Cabildo no tenía nada que ver con una investigación que se hacía en el Resguardo y que era de ellos y para ellos, para eso eran quienes mandaba ahí. Por supuesto, en el Departamento de Antropología algunos profesores alegaron diciendo que eso no era científico, que cómo un Cabildo, que a lo mejor ni siquiera había acabado bachillerato, podía decidir la metodología de una investigación. Eso sirvió para que me despreocupara de ser científico.

La mayoría de esos escritos se hizo para trabajarlos con los maestros en cursos de capacitación o para utilizarlos en unos cursos que se dieron en esa época con maestros guambianos y paeces, llamados cursos de profesionalización. Para los informes finales de esos cursos, los maestros tenían que ir a trabajar esos textos con la gente de sus veredas.

Cuando se terminó el tiempo, tomamos la decisión (en su Introducción se cuenta cómo) de sacar un libro, que básicamente es una recopilación de los escritos que habíamos hecho en el transcurso de esos 10 años, hasta 1997. Textos como “*Srekøllimisak*. Historia del señor aguacero”, “Sembrar y vivir en nuestra tierra”, “Calendario guambiano y ciclo agrícola”, “Somos raíz y retoño”. Realmente lo nuevo que se incluye en el libro es poco. ¿Por qué? Porque nada de lo escrito, excepto un artículo, se hizo para afuera. Todo se publicó en Guambía en mimeógrafo, con estenciles y screen; se trabajó allá y no se sacó de la comunidad. 10 años después, ellos decidieron que era importante que se conociera “la verdad de los guambianos” por fuera de su sociedad, para que se desvirtuaran todas las mentiras de los

antropólogos, cosa que ellos tenían muy clara. Cuando comenzamos nuestro trabajo, leímos todo lo que se había publicado en castellano sobre los guambianos. Y, según ellos, nada de lo fundamental era cierto. A cada paso me demostraban que lo que esos escritos decían no era de esa manera.

Cuando estábamos a la mitad del trabajo, el ICANH quiso sacar un libro de una especie de etnografía colombiana y me pidió un artículo, pero yo no acepté porque estaba trabajando con los guambianos. Lo pidieron a Ximena Pachón y, según los mismos guambianos, excepto lo que es sacado de los archivos, está plagado de inexactitudes. Luego me pidieron otro para un segundo tomo, que se llamó “Encrucijadas de Colombia Amerindia”. Y, como seguía trabajando con los guambianos, consulté con ellos y, luego de hablar con el Cabildo, ellos aceptaron “para que no lo escriba otro antropólogo con más mentiras sobre nosotros”. Ese artículo se incluyó también en el libro.

Que los guambianos se consideren hijos del agua era así en la época del trabajo y de la publicación del libro. Y eso es lo que este muestra. Y todas las implicaciones que tiene para el conjunto de la vida social: para la producción, la familia, el pensamiento, la cosmovisión, las normas de comportamiento, etc.

Pero el título de esta charla no habla de guambianos. En algún momento, que nadie me ha podido explicar cuál fue ni quién tomó la decisión ni por qué, los guambianos resolvieron que no llamarse más así, sino misak misak. Misak quiere decir gente, lo cual los “distingue claramente” de otros grupos, que seguramente, para los guambianos, no son gente. Para no sentirse mal con eso de llamarse gente, duplicaron la palabra y se denominaron gente gente. Esta duplicación de palabras tiene un sentido especial en la lengua *wam*, que se pierde con la traducción al castellano.

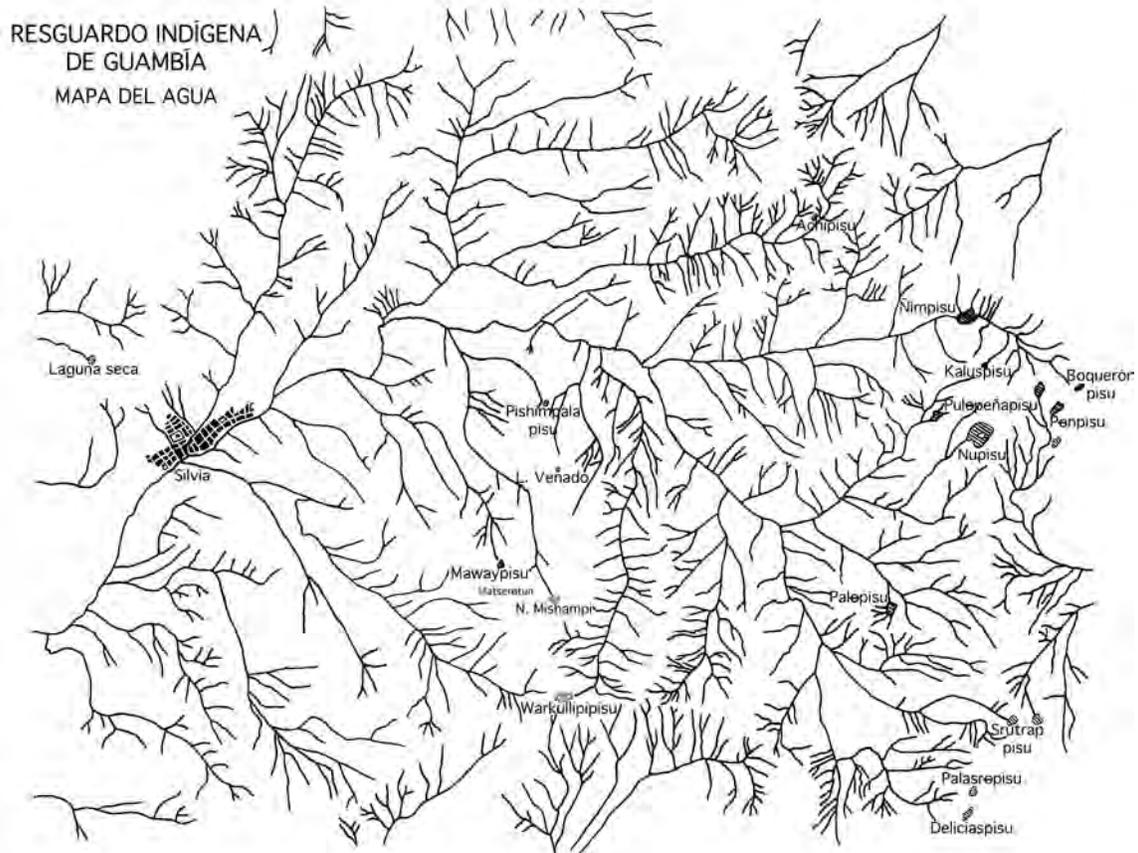
El libro que el antropólogo le robó a Tumiñá en los años 50 se llamó “Namuy misak (Nuestra gente)”. Lo leímos al comienzo del trabajo y los compañeros del Comité de Historia, después de hablar con los mayores, estuvieron de acuerdo que ellos no eran misak, porque ese término solo quería decir gente. Para no emplear el término guambiano, explican que esa es una denominación dada por los conquistadores españoles... y es cierto. Es una deformación en castellano de la auto denominación que ellos se daban en esa época: *Wampia*, que tiene que ver con la lengua, *wam*, y con el agua, *pi*; es decir, gente de agua que habla *wam*. Por tanto tiene que ver con el ser

hijos del agua. En la época de nuestra investigación, uno de los compañeros del Comité se refería con frecuencia a “guámbias”.

Ahora habría que decir *namtrikpimisak*, pues también decidieron que su idioma no es *wam* sino *nam trik*, pero este término se refiere a la lengua, es decir, el idioma hablado, que es otra cosa.

El título de la charla refiere a “hijos del agua”, pero se observa que lo escribo como una interrogación: ¿Hijos del agua? No es una afirmación, como en el título del libro, sino una pregunta, ¿son todavía hijos del agua o ahora son cascarones de indios? Indios disfrazados, como dice el taita Lorenzo Muelas. Es lo que voy a desarrollar en la charla.

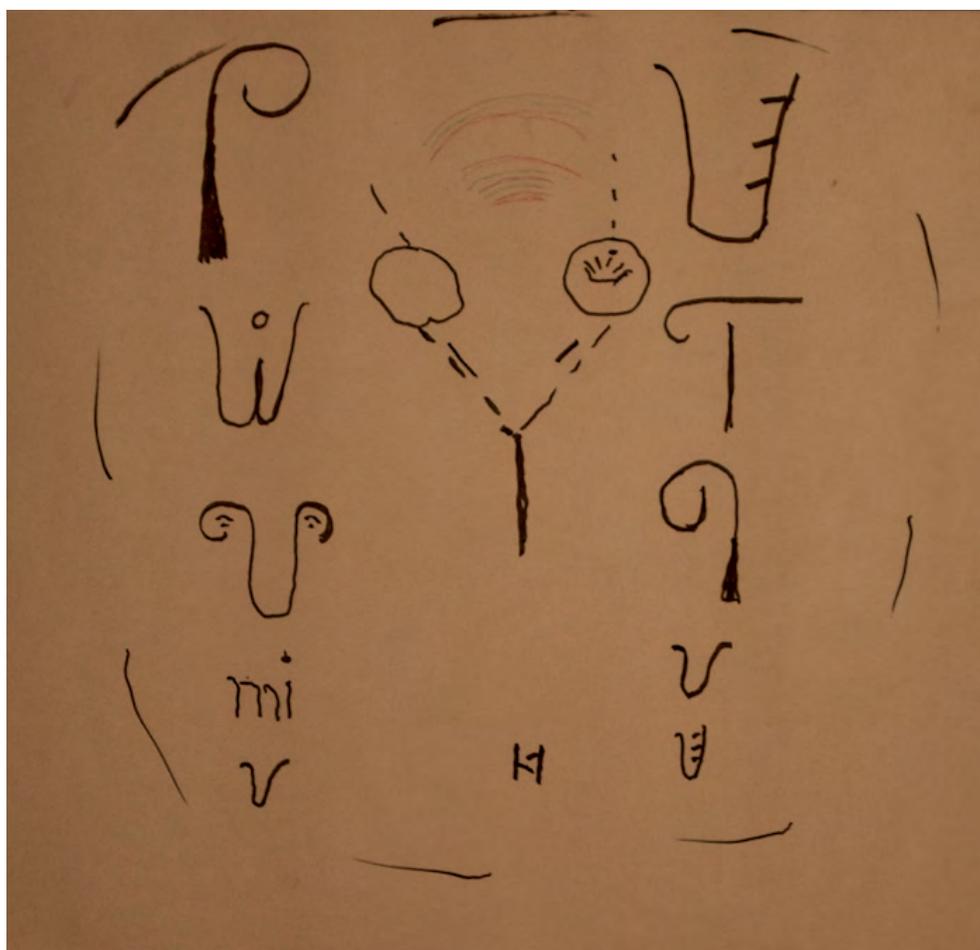
II



En nuestro trabajo, recorriendo cada sitio del territorio guambiano, caminándolo, hicimos este mapa del agua en Guambía; de los ríos, arroyos,

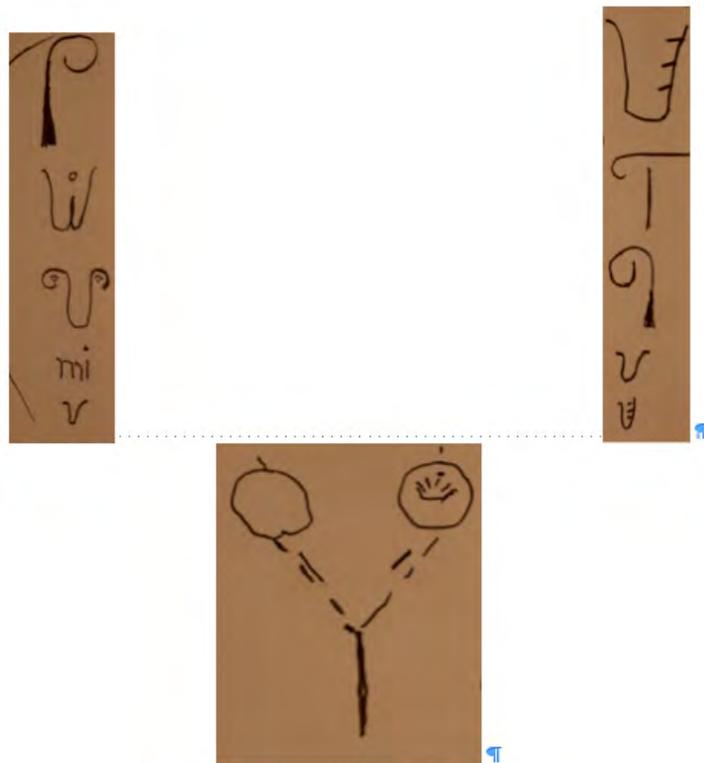
lagunas, quebradas y agüitas que corren por el Resguardo en verano y/o en invierno. En él se ve claramente que este territorio está totalmente ocupado por el agua y construido alrededor de ella, destacándose las diferentes lagunas, de donde nacen los principales ríos, pues ellas recogen al agua de las vertientes. Es un territorio del agua, completamente recorrido y estructurado alrededor de ella. Cada curso de agua que aparece aquí, por pequeño que sea, está comprobado por los recorridos que hicimos, aunque algunos de los más pequeños solamente corren en el invierno o en la época en que cae el páramo. No puedo dar seguridad de que esto sea así en el presente; es muy posible que ya no existan muchas de las agüitas que aparecen en el mapa.

Trabajando con base en los dibujos que hay en diferentes piedras en el Resguardo, en la memoria de los mayores y en los recorridos, el taita Abelino Dagua, mostró la estructura básica original del territorio con base en el agua:



En el centro se ven las dos grandes lagunas: la de Piendamó, a la izquierda, que tiene una isla, y la de Ñimpi, a la derecha; las aguas que corren de ellas confluyen más adelante en un único río, el Piendamó. En ellas llegaron los grandes seres que dieron origen a la autoridad y la cultura, caciques y cacicas venidos del agua y que los guambianos rescataron del río, criándolos. Así, ellos estructuraron la vida guambiana y dieron la cultura, enseñando a partir de los objetos que traían hechos en oro, como los telares para enseñar los tejidos, y las palas y otras herramientas para enseñar los cultivos.

En el territorio de las lagunas, las grandes sabanas del páramo, vive un ser dual, a la vez masculino y femenino, *Pishimisak*, ser de lo frío o, mejor, de lo fresco. El concepto exacto es fresco. Este ser, al tiempo que es uno, es un par, es él y ella. Ella se ubica al lado de la laguna Nimbi, que es femenina. Él se ubica al lado de la laguna Piendamó, que es masculina. De esta manera, todas las agua están divididas en masculinas y femeninas, como lo está también el territorio, dividido en una parte masculina y otra femenina. Esta última, que corresponde a la rivera izquierda el río Piendamó, a la parte baja del Resguardo, había sido invadida por los terratenientes, en ella estaban las haciendas; por eso, los procesos de recuperación no lo eran solamente de la tierra de las haciendas, sino también de la mitad femenina del territorio.



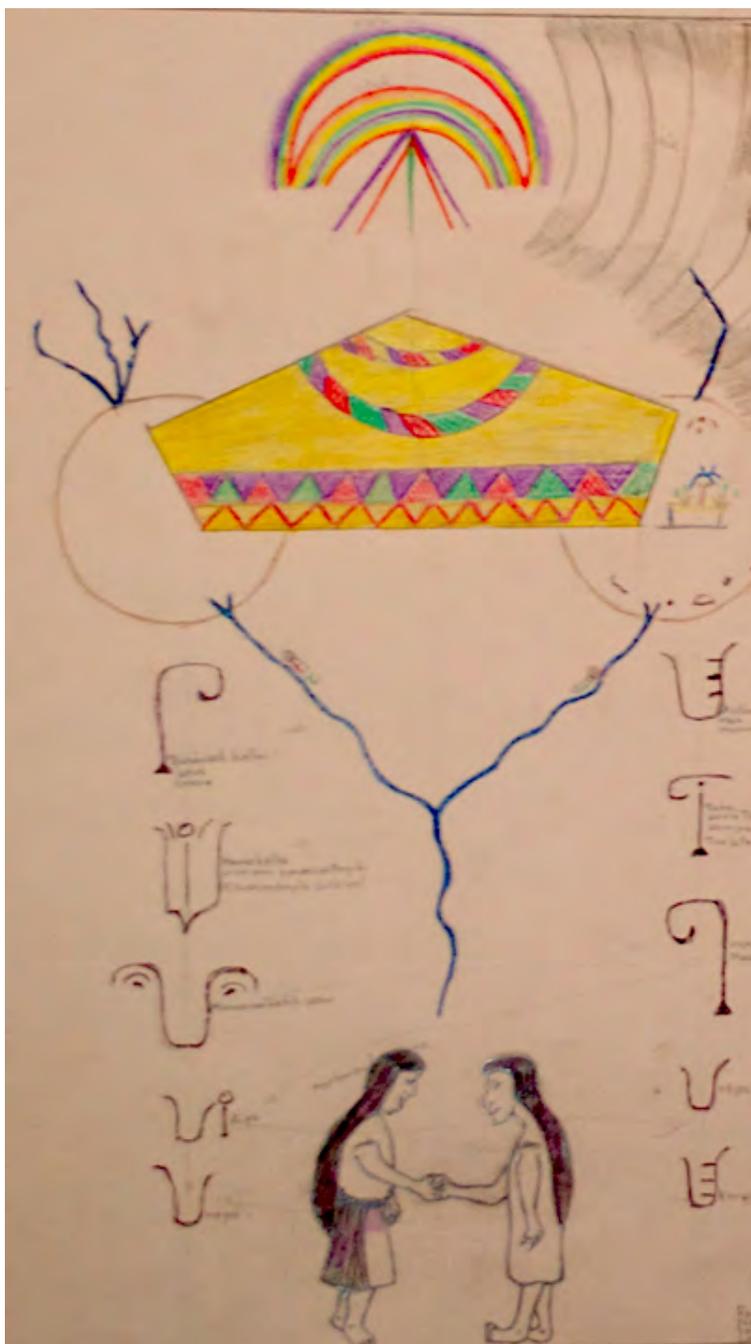
A lado y lado de las lagunas se observa la manera como en los petroglifos aparecen esos dos personajes, femenino, a la izquierda, y masculino, a la derecha. En un lugar, la quebrada Ñimbe desemboca en el río Piendamó y a partir de allí, corren juntos por todo el Resguardo, conformando así el territorio guambiano. Y aparecen los dos personajes, uniéndose al darse la mano, para originar a los guambianos, no solo como gente sino también como sociedad y como cultura:



Arriba, abarcando las dos lagunas, está el sombrero propio, el *tampalkuarí*, que hace un tiempo llamaban sombrero pandereta, en especial los blancos. Y, más arriba, en los orígenes, está el aroiris.



Toda la historia del origen se completa, pues, como podemos ver a continuación:



III

De un tiempo para acá, en especial durante el gobierno de Ernesto Samper y como parte de las estrategias de erradicación del cultivo de la amapola,

se ha impulsado la cría de truchas en estanques. El PAN (Programa de Alimentación y Nutrición) fue el encargado de desarrollar ese proyecto, antropólogos fueron los encargados de “venderlo” a la comunidad. Me encontré con una de ellas, que había sido alumna mía, y dediqué una tarde y una noche a mostrarle el daño que iban a hacer a la comunidad. Respondió que la comunidad lo quería.

Lo reglamentaron dando créditos individuales para montar los criaderos; afortunadamente, en ese momento, el garante fue el Cabildo. Y Guambía se llenó de trucheras; iba mucho turista que consumían mucha pescado en Silvia, en Popayán y alrededores; en el Resguardo hacían pesca deportiva, y almorzaban al pie de los pozos, en quioscos que se construyeron para eso.

Fue muy buen negocio hasta que las FARC asaltaron el peaje de Tunía, primero, y el pueblo de Silvia, luego, y los turistas desaparecieron. Todas las trucheras se arruinaron. Y el PAN embargó al Cabildo para que respondiera por los créditos de los quebrados. Esa fue la “sabiduría” del PAN y sus antropólogos: porque las tierras de Resguardo no se pueden embargar, los dueños de las trucheras no tenían con qué responder, pero sí el Cabildo, que poseía casas en el pueblo, vehículos y otros enseres.

Yo me opuse a que el Cabildo pagara y propuse que se declarara en moratoria para no pagar los créditos, pero lo que este hizo fue pagar millones a abogados que contrataron para que resolvieran el problema. No sé qué resultado hubo.

Pasaron 20 años y regresó el cultivo de truchas a Guambía. Pero ahora es un programa individual sin que el Cabildo sea garante. Muchísimos guambianos se han dedicado a criar truchas donde hay suficiente agua, es decir, sobre el río Piendamó y algunos de sus afluentes más caudalosos, como la quebrada El Molino, que desemboca en el Piendamó casi en Silvia, después de recorrer las tierra de La Clara, la antigua hacienda recuperada a Mosquera, como la Quebrada *Warkullipi* en Pueblito, y como el río Cacique.

La trucha tiene una peculiaridad: necesita agua corriente para no morir por falta de oxígeno, no se puede criar en pozos a los que no entre y salga agua permanentemente. Se toma el agua del río por una bocatoma, se lleva a los estanques, como estos que se están haciendo en la casa de la medicina tradicional, el Frailejón, antigua hacienda Sierra Morena, o los ya terminados en Pueblito. Se compran los alevinos y se crían con alimento concentrado; a

medida que crecen, se van pasando de estanque a otro. Las truchas más grandes se pescan y se venden:



Como es de suponer, las truchas defecan en los estanques y el agua que corre va llevando estas heces de estanque en estanque, junto con la sobras del alimento que no alcanzan a consumir, junto con las entrañas, pues si el comprador quiere la trucha eviscerada, allí mismo se raja, se sacan sus tripas y se botan al agua, y junto con los químicos que se agregan al agua para que la carne sea de color rojizo y para proteger los animales de hongos y otras plagas. Al final del proceso, el agua regresa al río contaminada por completo. En forma reciente, se están construyendo al final del proceso

unos pozos descontaminadores que, se supone, retienen toda la materia contaminada antes de verter el agua al río, pero como el agua corre todo el tiempo y hay aumentos del caudal cuando llueve, etc., etc., la materia que se retiene no es mucha ni por mucho tiempo..

Los ríos tienen buena corriente, piedras que ayudan a airear el agua, pero el agua no acabado de regresar al río cuando ya es recogida para otra truchera, y así en todo su recorrido. Incluso, se puede observar en algunos de ellos que, a pocos pasos del sitio en donde se vierte el agua de una truchera, está la toma de agua para uso doméstico de alguna vivienda. Los ríos no corren ya por su cauce normal sino de truchera en truchera. Hay sitios del río Cacique en donde, en verano, su cauce se vuelve un camino de piedra por donde se puede recorrer tranquilo, puesto que toda el agua se ha ido a una truchera y solo regresa metros más abajo.

Los guambianos están construyendo, con plena conciencia y mucho esfuerzo y en su escala, pequeños ríos Bogotá, y están destruyendo los suyos. Es claro que el Cabildo conoce bien la situación, pues el mismo tiene una truchera. Pero no hace el más mínimo esfuerzo por regular la situación, pese a que se ha declarado autoridad ambiental en el Resguardo. Hoy, los hijos del agua están destruyendo a su madre.

Por todo esto, hace dos años, el pueblo de Silvia estaba pensando demandar a los guambianos por la contaminación del río Piendamó, que afecta a los silvianos de muchas maneras, pues ellos lo utilizan y pasa a un lado a todo lo largo de la población, siendo uno de los atractivos para el turismo que llega los puentes y fines de semana.

Para completar la situación, guambianos que viven fuera del Resguardo por estudio, trabajo y otras razones, pero cuyas familias continúan viviendo en él, aprovechan su situación de puente para organizar turismo desde Popayán y Cali hacia Guambía. Por ejemplo, es creciente la llegada de grupos a la laguna Ñimbe, para navegar (en botes inflables) y pescar en ella, para lo cual acampan en sus alrededores, destruyendo la vegetación circundante para abrir espacio para las carpas y para alimentar los fogones. Y dejando un terrible basurero cuando se marchan, sin que nadie intervenga, pese a que deben pasar por Silvia y luego atravesar varias veredas del Resguardo a pie con su carga, tanto de ida como de regreso.

Pero aún hay más, hace varios años, tal vez 3, la autoridad de los hijos del agua, el Cabildo, entregó en concesión las aguas del Resguardo de Guambía a la Corporación Autónoma Regional del Cauca (CAR), que, como es bien sabido, manejan los terratenientes. Recuperaron la tierra de manos de los terratenientes y, ahora, les entregan el agua. Supongo que a cambio de regalías, pero, cuando estuve allá la última vez, hace año y medio, nadie en la comunidad sabía nada de ellas: ni cuánto era, ni si ya las estaban pagando y a quién, pero sí se conocía que ya habían sacado agua de Cacique para llevarla a Pueblo Nuevo de Caldon, una población que queda en un resguardo nasa, y que estaban preparando para llevar más agua de la misma vereda a Silvia, aunque, eso sí, pasando por el Colegio de Las Delicias, el hospital Mama Dominga y el Instituto Agropecuario (antiguo Núcleo Escolar). Las autoridades del Cabildo, de los hijos del agua, a espaldas de la mayoría de la comunidad y sin contar con su aprobación, concesionaron la madre a los terratenientes del Cauca.

Después de tres años de la recuperación de Las Mercedes, a la que bautizaron Santiago, y al no saber cómo manejarla de una manera propia, el Cabildo tomó una decisión de campesino pobre al dar a cada guambiano una parcela de 10 por 100 metros. Surgieron así las que ellos mismos llamaron bufanditas. Y la gente cultivó cada pedazo durante muchos años. Así se veían las parcelas en la parte baja de Santiago, tierra del maíz, en 1987:



Y así en las tierras arriba de la hacienda de Suzman, al sur de Santiago y también recuperada, y muy aptas para la producción de maíz, que se ve ya maduro y listo para su cosecha:



En la parte alta de Santiago, la tierra servía para la producción de cebolla, otro producto fundamental de la economía guambiana, y así se veían los sembrados. También fragmentos grandes de bosque que habían conservado los terratenientes ante la abundancia de las tierras para potreros:



Pero, las tres siguientes imágenes dejan ver los mismos sitios, 20 y 25 años después, en proceso de convertirse de nuevo en potreros, pues el pasto los invade otra vez tras haber sido abandonados durante varios años:





Ahora, el ganado ocupa de nuevo las tierras, como puede observarse en la parte inferior izquierda de la foto que sigue. Y la mayor parte de los restos de bosque se quemaron en los fogones de los guambianos, antes de que la mayoría de ellos adoptara las estufas de gas:



¿Para esto se recuperaron las haciendas? ¿Para llegar a esto murió gente y otra fue encarcelada, golpeada, perseguida? Recorrer hoy por Santiago da gran tristeza cuando uno acompañó las luchas. Hoy el Cabildo habla de introducir el cultivo de la marihuana con fines medicinales.

La situación está así porque los guambianos ya no quieren ser agricultores; quieren vivir de un sueldo; de la participación en algún proyecto financiado por las transferencias, que tan sabiamente fueron introducidas para conseguir su integración; de los dineros del Plan de Salvaguarda establecido por el Auto 004 de la Corte Constitucional; del manejo de los presupuestos de salud y educación, que el gobierno está entregando a los Resguardos; o, en el mejor de los casos, del cultivo de truchas.

El Plan de Salvaguarda de Guambía es una sumatoria de proyectos desconectados, que no obedecen a una concepción global ni a una estrategia, ni se refieren a aspectos fundamentales que garanticen la no extinción de los guambianos, propósito declarado del Auto 004. Alguien lo definió como “una lista de mercado”. En Guambía ya se nombró hace 3 años a alguien encargado de coordinar con los Cabildos de los otros resguardos guambianos el gasto de la plata. Es lo que la sabiduría popular suele llamar “ensillar antes de traer las bestias”.

En la actualidad, hay un muy amplio éxodo de los guambianos. Y no es algo organizado, como lo fue en otra época, cuando grupos coordinados por el Cabildo y, a veces, con financiación suya provenientes de las transferencias, se marcharon a crear nuevos asentamientos, organizados y con sus respectivos cabildos. En las veredas es usual encontrar viviendas abandonadas, cerradas con candado y con la huerta abandonada. Al parecer, nadie sabe dónde se ha ido cada una de esas familias; sus vecinos afirman que un día, sin previo aviso ni despedida, la gente cerró su casa y se fue.

Las escuelas de algunas veredas no han podido abrir algunos cursos del año escolar porque no hay niños suficientes para hacerlo; los padres han retirado los niños y se han ido con ellos. Y ocurre en veredas relativamente grandes, no en las más pequeñas.

Solo se conoce el destino de algunos cuantos, como, por ejemplo, los que han llegado a Fontibón y se han organizado con su Cabildo y una casa para las reuniones, y buscado una proximidad espacial, como en el barrio Casandra, en los límites entre Fontibón y Mosquera.

Como uno de los resultados del trabajo de “recuperación de la historia”, se levantó una estructura en terrenos de la antigua hacienda Sierra Morena, cerca de la casa en donde funciona hoy el centro de medicina tradicional, El

Frailejón, dedicado al trabajo de los *m̄er̄epik* y a la elaboración de medicamentos con plantas. Dicha estructura fue llamada por el taita Abelino Dagua, quien la ideó, “La casa del taita Payán”.

Su construcción no dejó de tener problemas. La idea era replicar la casa del taita Payán, uno de los caciques que habitaba en Pupayán a la llegada de los conquistadores, tal como permanecía en la memoria de los mayores, para desde allí dar educación guambiana. (Aunque se narre en nuestra historia la fundación de Popayán por los españoles, esta ya existía como una ciudad indígena antes que ellos llegaran).

El Cabildo pidió asesoría de la Universidad del Cauca y sus arquitectos dijeron que no era posible una construcción estable de tres pisos en bahareque y, mucho menos, techada con paja. Y hubo que hacerla de cemento con varillas y columnas, aunque luego la pañetaron con barro, y techarla con eternit



En su interior, un equipo de pintores guambianos escogidos por el taita Abelino, aunque no dejó de haber un asesor “artístico” de la Universidad del Cauca, llenó todas las paredes interiores con murales que mostraban la cosmogonía guambiana y su concepción del mundo, así como los sitios claves de su territorio y de su historia.

Se pensaba que el Cabildo trasladara su oficina de Silvia a la casa del taita Payán y desde ahí impartiera la autoridad y la cultura propias. Pero eso

nunca se consiguió, a los gobernadores les dio vergüenza de lo que pudieran decir los blancos de Silvia y los funcionarios del gobierno si las oficinas del Cabildo se pasaban a este lugar. Y propusieron, más bien, que se hiciera un museo para traer a los niños de las escuelas y a los turistas.

Para el trabajo con los niños se utilizó durante años; aquellos venían a pie desde las escuelas, recorriendo el resguardo, y allí recibían las explicaciones de los taitas. Hasta que llegó el Instituto de Bienestar Familiar, a cuyos funcionarios (tal vez algún antropólogo) les pareció maravillosa la idea para la educación de los niños, y propusieron construir casas del taita Payán en cada escuela, para que los niños no tuvieran que recorrer para llegar hasta allí. Y el Cabildo aceptó, eliminando así todo el contenido de esta casa y olvidando que uno de los elementos de la pedagogía guambiana, que salió de la lucha y fue adoptado en las escuelas como forma de conocimiento propia, son los recorridos Afortunadamente, el proyecto fracasó, seguramente por falta de plata.

Pero llegó otra institución, esta vez de carácter religioso, los misioneros cristianos de Visión Mundial, y comenzaron a construir copias de la casa del taita Payán por el resguardo, diciendo que la forma era la del sombrero propio guambiano. La primera fue en Santiago y hoy es ocupada por la Universidad Misak, luego de la salida de los misioneros. En la vereda Cacique establecieron sus oficinas en cinco edificaciones, todas levantadas con la misma forma, y que hoy están abandonadas:



Además de estos cambios, muchos otros están ocurriendo en todos los aspectos de la vida guambiana. Menciono algunos de ellos.

Algunas imágenes muestran el abandono paulatino del vestido que ha distinguido los guambianos durante mucho tiempo. En la primera se aprecian niños de la escuela veredal de Cacique, en 1987, durante una celebración de la fiesta de las ofrendas, que desde el proceso de recuperación se ha hecho también en las escuelas, cuando antes era una celebración familiar que se daba en los hogares y en la iglesia católica del pueblo de Silvia; en las dos siguientes podemos ver niños y niñas que asisten a una reunión comunitaria en Santiago:





Todos ellos llevan el vestido propio, una de las marcas de identidad que los mismos guambianos han definido en su Plan de Vida. En cambio, a continuación vemos a una niña en otra reunión, la posesión del Cabildo de 2012, también en Santiago:



Esta otra deja ver a un grupo de jóvenes en la plaza de mercado de Silvia, un día martes:



En la posesión del Cabildo de 2012, un grupo grande de muchachos y muchachas con edades alrededor de los 15 años, permaneció reunido cerca al lugar donde juraba el nuevo Cabildo; todos ellos vestidos con pantalones

de cuero negro ceñidos y con chaquetas, también de cuero y con tachas brillantes, con botas de cuero grandes. Casi todos llevaban el pelo rapado y/o con crestas, a veces de colores. Quedé tan impresionado que no tomé la foto, como me di cuenta días después.

Cuando comenté al nuevo Gobernador la impresión que me habían causado, me respondió que al menos estaban asistiendo a esas reuniones, porque antes no iban; pero realmente no asistieron, porque estuvieron fuera todo el tiempo y sin poner atención a los que se hacía y decía en la actividad de la comunidad; lo que hicieron fue aprovechar para reunirse entre ellos.

Las fotos siguientes muestran, una de ellas, a algunos niños escolares con la profesora en la Casa del Taita Payán, a donde se supone que van a formarse y educarse en los valores propios; en la otra se ve al taita Abelino Dagua hablando y explicando las pinturas a otro grupo de mayor edad, mientras, al fondo, escuchan la profesora y el profesor que han venido con ellos:





Pese a esta situación visible, todo el tiempo los discursos hablan de lo propio, de la identidad, de la espiral, que hasta en los almacenes de Silvia aparece:



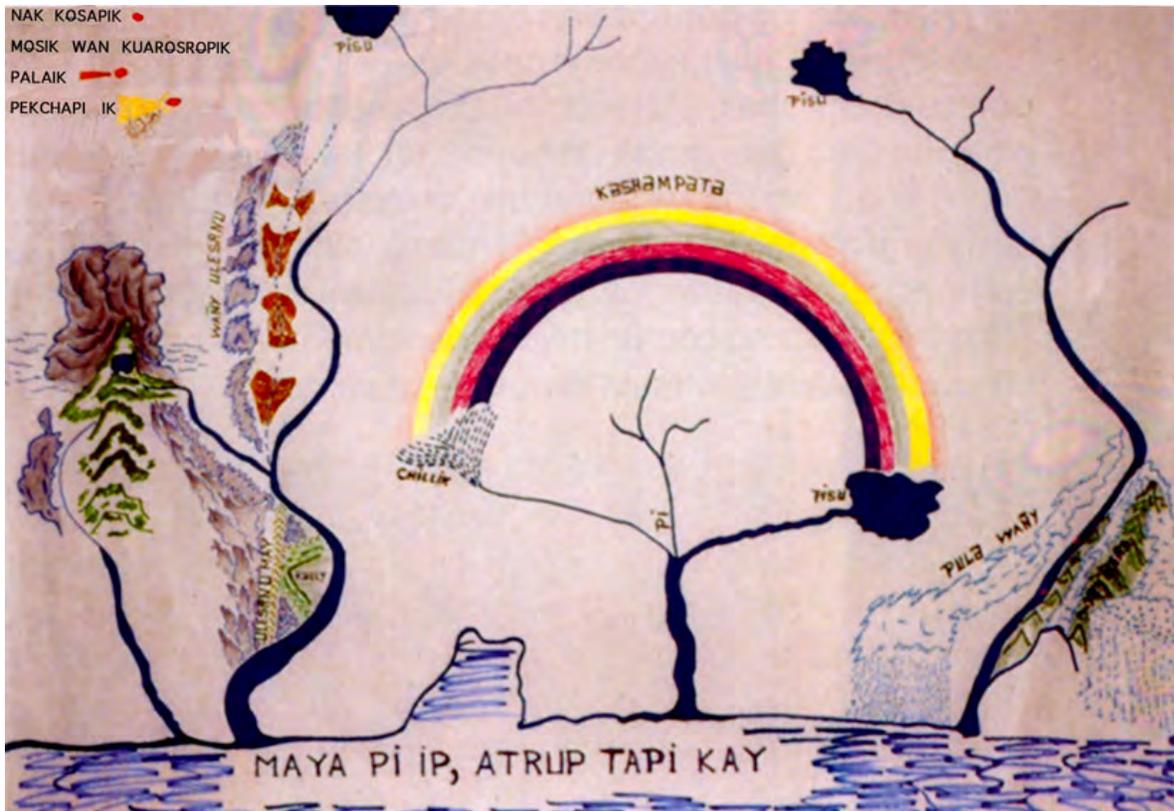
Lo mismo que se conserva la hechura de los chumbes del vestido de las mujeres, como este, que se vende en un almacén de Silvia.



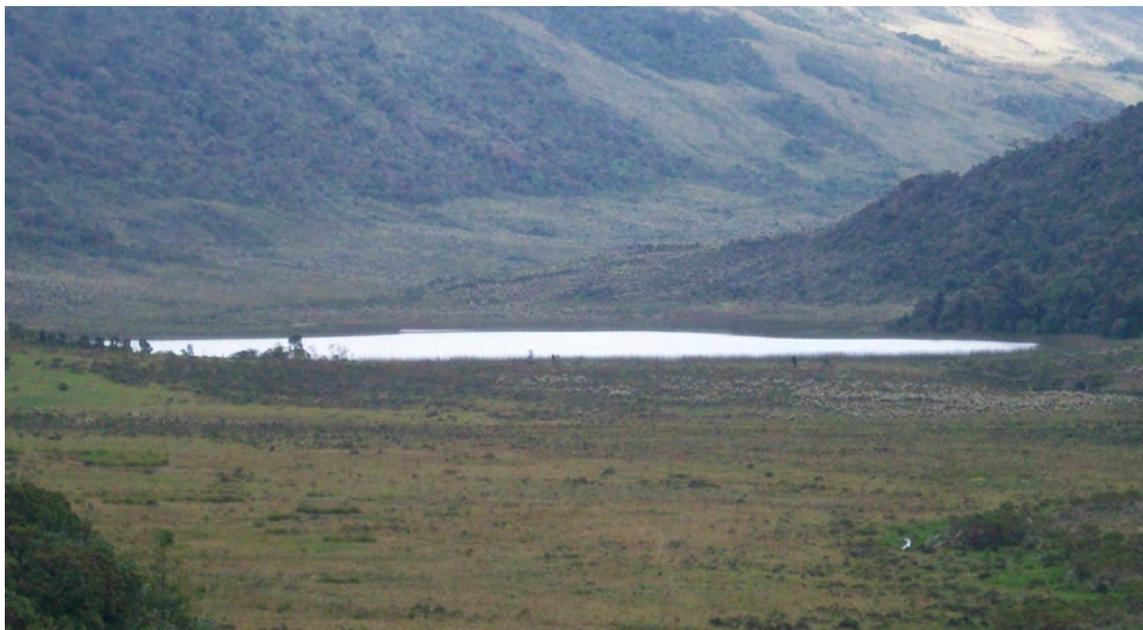
Sin embargo, al menos en su vida diaria, la mayoría de los guambianos de hoy, incluyendo las mujeres, viste con ropas “occidentales”, especialmente sudaderas

IV

El pensamiento guambiano, que es muy dialéctico, expresa con claridad que “el agua no es buena ni es mala (*maya pi ip, atrup tapi kay*), produce cosas buenas y produce cosas malas”; en sí, no es ni una cosa ni la otra. Y recorre el territorio en muchas formas, que se relacionan entre sí en el ciclo del agua, que se muestra en el dibujo siguiente:



Así las agua que salen de las lagunas, como la ya mencionada de Ñimbe (abajo), y corren para formar los ríos que van al mar, como el Piendamó (foto siguiente):





Entre la tierra van caminos de agua, como por túneles, que llaman *luretrap*, y se la oye recorrer especialmente en la noche, a veces hacia arriba, otra veces bajando. Algunos dicen que cuando el agua circula por ellos suena como el gruñido de un cerdo. A veces se derrumban y dejan ver su presencia:



Por encima de esos caminos de *lure* es posible notar la humedad, sobre todo cuando van por zonas que hoy son potreros. A veces, el agua aflora y hace pantaneros, que son lugares peligrosos y que la gente cerca para que no se acerquen a ellos ni humanos ni animales; son lugares de peligro:



Las nubes también caminan el territorio, subiendo desde el mar hasta llegar a las más alta montañas. Otras van bajando desde el oriente, pues vienen del otro lado de la cordillera, desde el Magdalena, y van muy rápido arrastradas por el viento.



Hay dos clases de nube, blanca y negra, cada una de las cuales tiene sus especificidades y efectos. Suben como haciendo estaciones, alcanzando cada vez sitios más altos, por lo cual sus recorridos pueden tardar varios días. Cuando alcanzan el páramo, comienza a llover. Son los caminos del

aguacero También los hay del páramo, que vienen bajando del páramo hasta alcanzar las partes bajas del Resguardo y a la población de Silvia.

Otros son los de los pantaneros, que en los potreros tratan de drenar con zanjias para proteger el ganado. Cuando el pantanero es grande, se lo cerca para impedir que personas y animales se arrimen:



También están las ciénagas, que en las partes altas recogen el agua que va fluyendo y la almacenan antes de verterla a las lagunas o a los ríos:



Tienen gran importancia los ojos de agua, nacimientos, de donde salen algunas corrientes.

Pero todo lo anterior no es solo una suma de elementos, sino que constituye un sistema complejo y dinámico, que no solo los entrelaza, sino que incluye procesos de transformación de unos en otros, y las direcciones de esos movimientos. Por ejemplo, la transformación de nubes en granizo, que tiene su propia dinámica:



En el cielo se observan a veces tales caminos, el sol los muestra:



Este conocimiento de los lugares por donde se mueve el agua, por donde camina, es esencial para la vida guambiana y su bienestar. Cuando una

familia quiere construir una casa, debe llamar al sabio propio, *mərəpik*, y consultarle si se ha escogido el lugar adecuado. El *mərəpik* estudia el sitio y su contexto y mira si en ese lugar hay ojos de agua y pasan por allí sus caminos, en especial las corrientes subterráneas. En caso de que sea así, indica que la casa no puede construirse en ese lugar porque es enfermoso y va a dañar la salud de las personas, y las plantas y animales no se van a dar bien allí.

Se trata de la concreción en la vida cotidiana del principio de ser hijos del agua, por lo tanto su cumplimiento es esencial para el vivir bien de los guambianos. De esto depende que el agua sea buena y no mala, y permita, como dice otra indicación: “atardecer bien bonito y amanecer en la misma forma”. Si se construye en uno de esos lugares, el agua se convierte en algo malo para la gente de esa casa. El *mərəpik* es el encargado de que eso no ocurra.

Aquí vemos el poblamiento de la parte alta de la vereda Cacique, una de las más habitadas:



Y aquí la parte alta de la vereda La Campana y una parte de Ñimbe y de Piendamó Arriba, esta última las más alta sobre el nivel del mar, unos 3.500 metros, yendo hacia las grandes sabanas del páramo:



Las muestro por una razón esencial. El arquitecto Johnny Calderón, que lleva varios años trabajando entre Guambía y Totoró y cuyas tierras familiares se asientan en la vereda El Cofre, se basó en lo que se dice sobre los caminos del agua en el libro “Guambianos. Hijos del aroiris y del agua”, para elaborar dos mapas, que hacen parte de su investigación en curso “Nuisuik, Planificación territorial Guambiana, Resguardo Indígena de Guambía – Colombia”. Uno de esos mapas es resultado del trabajo conjunto con varios *mərəpik*, en donde ubicaron los recorridos de los caminos del agua por todo el resguardo; y otro en el cual aparece la localización de las viviendas actuales que hay en Guambía.

Luego de superponerlos se encontró con algo sorprendente y, para mí, aterrador: la enorme mayoría de las viviendas están en lugares en donde no deberían encontrarse porque son caminos o residencias del agua, aquellos en donde el agua se hace mala y es enfermosa y dañina para personas, vegetales y animales. En sus palabras: “El actual resguardo tiene 3.221 casas de las cuales 320 son de simpatía alta, es decir que el 9.93%... no interfieren los caminos y casas de los seres del agua; las 2.901 casas restantes están implantadas sobre suelos con mucha agua o de simpatía baja y corresponden al 90.07%”, es decir, que chocan o interfieren con los caminos y residencias del agua. Eso explica porqué, desde hace varios años, la gente en Guambía se queja con mucha frecuencia de que están saliendo muchas enfermedades por toda partes, que los animales no se crían bien y que las plantas no dan buen resultado, motivo por el cual ya no quieren cultivar.

Los *m̄erepik* que tienen ese conocimiento todavía están vivos y habitan en el resguardo. Todas esas casas han sido edificadas en los últimos 100 años, como mucho. Y, en ese lapso de tiempo, o los guambianos no han consultado con los *m̄erepik* cuando van a construir sus casas o no han hecho caso de los consejos que han recibido de ellos. Han pasado por encima de un principio esencial, práctico, derivado de ser hijos del agua. Para mí, se trata de un verdadero suicidio cultural; durante un siglo los guambianos han repetido que son hijos del agua, pero no viven como tales ni lo llevan a la práctica. Por eso se van, porque no pueden vivir allí donde están. Por eso se está acabando la agricultura y están dejando abandonadas, no solo las haciendas que recuperaron, sino también las casas y las parcelas que tienen en el Resguardo. En la Guambía de hoy, son las truchas y no los guambianos las verdaderas hijas del agua.

Es como sucedió en Mocoa, en donde, ante las escasez de tierra, la gente pobre construyó sus barrios en sitios en donde no se debe edificar porque son caminos del agua. Y vino el agua mala y se los llevó. También allá, muchos que han sido damnificados y sobrevivieron han abandonado la ciudad, se han ido a buscar su vida en otras partes.

Un grupo amplio de jóvenes estudiados, del cual hacen parte algunas autoridades, se consideran a sí mismos guambianos del siglo XXI y, en las asambleas, han llegado hasta hacer callar a los mayores con el argumento de que ellos ya tuvieron su tiempo, cuando hicieron lo que querían, y que ahora les corresponde a los jóvenes hacer su voluntad, son quienes encabezan y mantienen este proceso, aunque guardan las apariencias y los discursos, convirtiéndose en “cascarones de indio” y ya no en verdaderos hijos del agua, afirmación esta que les parece pasada de moda, no científica y hasta supersticiosa. En lo cual, vale la contradicción, tienen el completo respaldo de los grupos cristianos más extremistas del Resguardo.